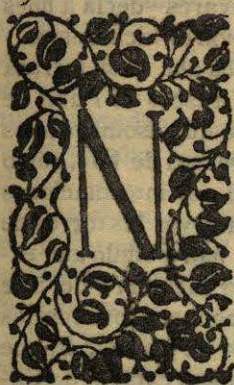


## DE PARÍS A ESTERNAY

15 de noviembre.



NUESTRAS visiones de guerra comienzan en las puertas mismas de París, entre las arboledas de las fortificaciones. Estos parajes, hasta hace pocos meses llenos de alegres *guinguettes* propicias a los idilios del pueblo, están hoy convertidos en campos atrincherados. En vez del consumidor bonachón, que no veía sino los cestos de los que entraban en la ciudad, un severo centinela examina atentamente los papeles de los que salen. Por todas partes, los grandes álamos, cortados a cuajo, interrumpen el paso de los coches. Los alambres espigados entrelázanse en las ramas sin hojas, formando fantásticas vegetaciones de zarzas grises. En los lugares estratégicos, los parapetos de madera y de hierro ofrecen un abrigo a los tiradores, y, de trecho en trecho, un enorme aparato de acero, con puntas de lanza, opone a los ataques de la Caballería un obstáculo infranqueable. Todo esto, hoy inútil, no es ya sino un recuerdo de aquellos días aciagos durante los cuales las tropas germánicas parecían avanzar hacia la capital con ímpetu de alud.

El oficial que nos acompaña en nuestra excursión hacia los campos de batalla contempla las defensas parisienses con una sonrisa, en la que yo creo descubrir



algo de ironía y algo también de nostalgia. ¡Hubiera sido tan bella la lucha en este sitio legendario, ante estos muros sagrados!... El generalísimo Joffre, según algunos de sus comentaristas, proponíase hacer de París la tumba de los ejércitos de Guillermo II. Con su espíritu de soldado moderno, habría llegado a consentir, para alcanzar la victoria definitiva, en sacrificios que a nosotros, los adoradores de la ciudad, nos llenan de espanto.

«Si es necesario luchar en los bulevares—decía a fines de agosto un ministro—, en los bulevares lucharemos.»

Por fortuna, Santa Genoveva estaba ahí, en su terraza milenaria, tal cual la vemos en los frescos de Puvis de Chavannes, para renovar el milagro que asombró a los contemporáneos de Atila. Los bárbaros de hoy, como los de hace siglos y siglos, huyeron de las inmediaciones de Lutecia sin haber siquiera logrado ver las torres de sus iglesias. Algunos estrategas no han podido aún explicarse las razones militares de la maniobra del 5 de septiembre 1914. Los estrategas no conocen los secretos de las santas que velan en sus nichos de piedra... El que nos guía en nuestra excursión, exquisito capitán de Caballería que parece escapado de una estampa de Raffet, nos explica con una elocuencia sobria las operaciones que determinaron, el tercer día de la batalla del Marne, la derrota del primer ejército alemán.

—Dentro de unas cuantas horas — dícenos — llegaremos a la planicie de las inmediaciones de Provins, donde terminó el avance de von Bülow y von Klück.

El automóvil militar que nos lleva hacia el teatro de la tragedia de ayer, y que luego nos conducirá al de la tragedia de hoy, corre por la admirable carretera guiado por un artillero. Las suaves llanuras de la Isla de Francia extiéndense a uno y otro lado en ondulaciones tenues. Nada en el cuadro que tenemos ante la vista nos habla de violencias, de crueldades, de hecatombes. Todo respira, por el contrario, bajo este cielo de otoño, entre

estas enramadas áureas, la dulzura de vivir. A veces, dijérase que nos encontramos en un parque señorial; de tal manera la mano humilde del campesino ha sabido adornar el paisaje. Los árboles reúnen armoniosamente en ramilletes. Las más modestas tapias se coronan de hiedra. Ante las chozas más pobres, las últimas flores del año abren, con melancolía, sus corolas.

Lo único que nos parece extraño es no ver, a pesar de que nos encontramos en la época de la siembra, ningún labrador robusto, de aquellos que en las viejas estampas parecen, con las fuerzas de sus rudos torsos, encarnar la energía del suelo fecundo. Los ancianos y las mujeres quedan solos para conducir el arado, mientras los que pueden llevar un fusil pelean en las trincheras lejanas.

En las aldeas, la misma tristeza nos impresiona. Las callejuelas están casi desiertas, y para vernos pasar no se asoman a las ventanas sino rostros femeninos o rostros arrugados.

—Espere usted que lleguemos a las regiones que fueron ocupadas por los alemanes—nos dice nuestro guía.

Y, después de consultar su reloj, agrega:

—No nos falta mucho.

Sin detenernos, atravesamos varios pueblos encantadores. Por todas partes, una iglesia minúscula alza en el espacio gris su viejo campanario de piedra. Las granjas tienen aspecto de castillos, con sus murallas pardas y sus torreones cuadrados; una inmensa calma, una dulce quietud se exhala en las casitas humildes. Olvidando lo que hemos leído sobre los sufrimientos de toda la comarca, nos dejamos invadir por la nostalgia de la existencia tranquila de las aldeas francesas. ¡Qué lejos estamos de París! ¡Y qué lejos, qué lejos de la guerra!

Pero he aquí que, de pronto, el automóvil se para.

—Ahora—nos dice el capitán—vamos a recorrer algu-



nos kilómetros a pie. Aquí, en las cercanías de Esternay, no nos faltará qué ver.

En efecto, apenas hemos dado unos cuantos pasos, el espectáculo más triste nos sorprende. Una tras otra, las casitas en ruina van apareciendo. Primero no se ven sino muros desmantelados, escombros amontonados, techos incendiados. Es lamentable el conjunto. Pero son todavía más lamentables los detalles. Por las enormes grietas de las paredes, el drama de cada hogar campesino aparece claro y siniestro. Los muebles y las ropas, los trastos de la cocina, los útiles de labranza, lo que constituye el tesoro del hogar, está ahí en un hacinamiento fantástico. Nótese que la invasión sorprendió a estos infelices como el torrente de lava del Vesubio a los habitantes de Pompeya. En un hornillo de cocina, una cacerola llena de mendrugos de pan hace ver que en el momento trágico el aldeano preparaba su sopa. A pocos pasos, junto a un taburete calcinado, una muñeca de cartón yace con los brazos en cruz. Un viejo capote de campo está aún colgado en un clavo, sin que el fuego que consumió la estancia se dignara llegar hasta él. Los caprichos de las llamas son aquí más patentes que en las vastas florestas canadienses, donde siempre quedan, después de los incendios, algunos pinos intactos. De toda una choza, a veces sólo subsiste lo que más frágil parece: una estampa en un muro, una palma en la cabecera de una cama, una flor sobre una chimenea. Y con la imaginación nos entretenemos tristemente en reconstruir, gracias a tales vestigios milagrosos, la existencia de las buenas familias rurales, tan apacibles, tan calladas, tan laboriosas.

¿Dónde están ahora los que ayer cultivaban estos campos?... ¿Dónde está el hombre del capote?... ¿Dónde la niña de la muñeca?...

En una esquina, ante las cenizas de una granja encontramos a los únicos seres que aún viven, como fantas-

## CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

mas, entre las ruinas. Son dos viejecitas de rostros severos, que contemplan en silencio lo que ya no existe.

—Los demás—nos dice una de ellas—han desaparecido... Unos han muerto... Otros, sólo Dios sabe...

Luego, con palabra tarda, nos habla de su compañera, la otra anciana, que era rica, que tenía seis vacas, y una casita nueva, y una *ferme* poblada de gallinas, y un hijo joven...

—El día que llegaron los alemanes—murmura—lo ocuparon todo... A mí no me hicieron nada... Sólo me echaron de mi choza... Pero a ésta, que se había escondido con un muchacho en la cueva, la sacaron a golpes y la ataron al pie de un manzano... Le decían que era rica, que tenía que enseñar el lugar en que había ocultado su oro... La pobre se lo acababa de gastar todo en su casa nueva... Entonces la soltaron, y ataron a su hijo y lo fusilaron... Tenía diez y ocho años y podía ser soldado... Allí se quedó muerto, con la cabeza inclinada sobre el pecho, contra el árbol... Los alemanes se reían al verlo como un espantapájaros... Yo les pedí que nos permitieran enterrarlo, y no quisieron... Dos días lo vimos, hasta que comenzaron a oírse los cañonazos por el lado de Esternay... Entonces los alemanes salieron de las casas... Por este camino se fueron los primeros... Una bomba cayó en ese patio... Al fin unos ciclistas vinieron corriendo, y sacaron de un carro unas latas de petróleo, y comenzaron a quemarlo todo...

Mientras la viejecita habla, la otra permanece inmóvil, como si no se tratase de su propia desventura. Ningún músculo de su rostro se mueve. Sus ojos están secos, y en sus labios hay algo así cual una sonrisa muerta.

—No ha vuelto a decir una palabra—termina su compañera.

Nosotros también nos sentimos incapaces de pronunciar una sílaba. Somos siete, y todos hemos visto,



en nuestras correrías por el mundo, grandes tragedias y grandes dolores; todos hemos oído gritos de rabia y gritos de agonía; todos, profesionalmente, estamos armados contra las impresiones dolorosas. No obstante, hay en nuestras almas, ante esta escena de miserable pena, una angustia que nos humedece los párpados.

El capitán que guía nuestra caravana es el primero que se sobrepone a la congoja y nos recuerda que la tarde avanza.

—Hay que marcharnos—exclama.

Silenciosamente volvemos hacia el hogar en que debemós pasar la noche, sin haber visto el campo de batalla del Marne desde las alturas que dominan uno de los puntos estratégicos más importantes. La imagen de la aldea desolada nos acompaña largo rato. Las húmedas campiñas, salpicadas de pantanos, que las luces del crepúsculo tiñen de rojo, nos sugieren ideas de sangre. De vez en cuando descubrimos, en la cresta de alguna colina, las torres de un castillo. Las sombras comienzan a invadir los bosques de encinas centenarias.

—Hace frío—murmura uno de nuestros compañeros, arrebujándose en su abrigo de rústica piel.

Todos sentimos frío, mucho frío en el cuerpo y mucho frío en alma...

LOS ALEMANES EN MONTMIRAIL

17 de noviembre.



ENTILMENTE recostada en su alto nido de hiedra, Montmirail no parece conservar un recuerdo muy amargo de los cinco días que los prusianos acaban de pasar dentro de sus muros. Nada, a decir verdad, hace aquí recordar los horrores de las innumerables aldeas cercanas donde las huellas del fuego y del saqueo son visibles. Por más que recorremos las calles en todas direcciones, no encontramos ni un vidrio roto ni un rostro afligido. La gente circula tranquila, como si nada hubiese nunca interrumpido su existencia de laboriosa monotonía. En los cafés, los parroquianos saborean sin prisa sus aperitivos, y las tiendas están llenas de gente.

—¿Es día de feria?—pregunto a un vendedor de tarjetas postales.

El hombre me mira, sin comprender el sentido de mi interrogación.

—Es un día como los demás—me contesta, al fin.

En mi ignorancia de los misterios provincianos, yo no sabía que Montmirail, a pesar de su escaso número de habitantes, es una verdadera ciudad. No hay más que ver los escaparates de sus tiendas, llenos de objetos elegantes, para notarlo. ¡Y qué decir de sus calles nuevas,



que son reducciones de las de París! Pero el gran dato, el que nadie debe olvidar, el que sirve para hacer palidecer de envidia a los burgueses de Cesanne y de la Ferté Champenoise, es el relativo a las tres estaciones de ferrocarril. Porque Montmirail tiene tres estaciones, lo mismo que Roma tiene siete colinas.

—¿Por cuál de las estaciones ha llegado usted?—es lo primero que le preguntan a uno.

¡Dulce y vanidoso pueblo, que parece haber sido creado para no conservar de las tragedias sino un recuerdo pintoresco y un reflejo de gloria!

Aquí cerca, una columna de granito coronada por un águila que fué de oro en otro tiempo, ostenta una inscripción que reza: «Montmirail, 11 de febrero de 1814.» Y la Historia, cuando relata las últimas etapas de la epopeya napoleónica, nunca olvida el nombre ilustre de la localidad. «Champeaubert, Nesle, Château-Thierry, Vauchamps, Montmirail.» Sin embargo, todos saben que hace un siglo, los montmiralenses no vieron ni una sola lanza cosaca ni un solo casco prusiano. La batalla se riñó relativamente lejos, en la llanura del Oeste, bajo los chopos cubiertos de muérdano.

En septiembre de este año de desgracia en que vivimos, el espacio de la acción fué más amplio. Los alemanes ocupaban los campos situados hacia el Norte, y los franceses las aldeas del Sur. Durante varios días una lluvia de fuego pasó sobre la villa, sin tocarla. La gente contemplaba, llena de espanto, el vuelo de las granadas que iban a estallar, a algunos centenares de pasos, a la izquierda o a la derecha. Temblando, todos esperaban que la catástrofe se acercase hasta tocarlos. Pero hay, sin duda, un dios para proteger a las aldeas que tienen tres estaciones, y Montmirail fué salvado de la metralla.

También del saqueo y del incendio fué salvado. El cuerpo de ejército que le ocupó durante cuatro días tuvo

## CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

el inesperado capricho de no fusilar a nadie, de no pillar casi nada y de no violar sino a una mujer.

—El alcalde nos contará lo que sabe—me dice el capitán de nuestra pequeña tropa de periodistas.

Antes del alcalde, en la vieja *auberge* donde almorzamos, es el hotelero quien nos refiere, entre risueño e indignado, sus propias aventuras. Los alemanes entraron en la fonda la tarde del 5. Todos eran oficiales. Mas, sin duda, ninguno de ellos pertenecía a la escuela de los orgullosos señores de Berlín, puesto que, abandonando sus sables, se fueron derechos a la cocina para prepararse con sus propias manos aristocráticas un magnífico festín. Bien enterados de los productos de la comarca, pidieron carne de cerdo fresca, pollos, patatas, zanahorias, manteca. Cuando la mesa estuvo servida, uno de ellos bajó a la bodega y subió dos cestos de botellas bien escogidas.

—Mi Chambertín viejo—murmura con melancolía el ventero—se lo bebieron todo... Luego me pidieron veinte botellas de *champagne*, y como no eran sino unos diez o doce, yo les subí seis. Entonces, el más joven, expresándose en perfecto francés, me dijo que, para castigar mi avaricia, me exigía treinta botellas. Yo les contesté que las cogieran ellos mismos, y no se hicieron de rogar. Cada uno sacó dos o tres. Naturalmente, al cabo de algunas horas estaban completamente borrachos. Unos cantaban, otros refan, otros dormían sobre la mesa. De pronto, un jinete trajo una carta para el que parecía ser el jefe. Éste la leyó, y después me llamó para que les indicara sus habitaciones. Al llegar a la mía, en la cual estaba mi ropa, me preguntaron quién dormía ahí, y cuando les dije que yo, me contestaron que no tuviera cuidado, pues no me la ocuparían. Al retirarse, el joven que hablaba francés exclamó:

—Te pagaremos en buen oro alemán.

El hotelero sonrío evocando la escena, y, para terminar, agrega:



—Claro que no me pagaron nada, ni de aquella primera noche ni de los otros días en que siguieron comiéndose mi buena cocina.

Lo de la buena cocina es exacto. Como en todas las viejas fondas de este maravilloso país que ha hecho de la gula una exquisita virtud, en la *auberge* de Montmirail se come y se bebe bien, aun en tiempo de guerra. Gœthe, durante la campaña de Francia, quejábbase de que su estómago, acostumbrado a las pesadas salchichas de Erfurt, no pudiera soportar los platos de la Champagne. Los alemanes de hoy, más refinados, por lo menos en esto, parecen hacer honor a la cocina enemiga con un entusiasmo que entristece a los cocineros. En esta región que fué invadida, y que nosotros recorreremos ahora, no hay casa bien provista que no conserve el recuerdo de la *gourmandise* germánica. Antes de pensar en saquear o en violar, en incendiar o en fusilar, los oficiales de Su Majestad encienden los hornillos y visitan las bodegas. ¡Y con qué apetito comen los buenos guerreros!

—¡Si no diera rabia—nos dice nuestro hotelero—, daría gloria verlos tragar!

Nosotros, aunque germanófilos, los imitamos hoy en eso. Las cuevas de la *auberge* están aún provistas de ricos vinos, y el cerdo y los pollos abundan siempre en el mercado de la ciudad. A mi derecha, un compañero escandinavo come cual dos ulanos. Olvidándonos por un instante de los cuadros de duelo que hemos visto en el camino, sentimos el bienestar de la estancia tibia, del vino generoso, de las viandas suculentas. Para que la conciencia no nos atormente, hablamos del aspecto risueño de la ciudad, de la suerte de sus habitantes, de la riqueza de la comarca. Sarti, el corresponsal de *La Tribuna*, de Roma, quiere ofrecernos unas copas de *champagne*.

—No—dice el capitán—; mientras no hayamos logrado la victoria completa, el *champagne* está prohibido.

El borgoña, en cambio, está permitido, lo mismo que el café y los licores.

—¡Y nuestros lectores que deben creernos en las trincheras, muriéndonos de frío y de hambre!—murmura el director del *Journal de Genève*.

—Para todo hay tiempo—contesta nuestro guía.

En esto, el alcalde llega. Es un anciano, de bigote blanco como la nieve, muy cortés y muy frío, vestido de luto. Nos saluda con una inclinación de cabeza y, sin aceptar la silla que se le ofrece, comienza a hablar, pesando sus palabras, como si se encontrara en el seno de su Ayuntamiento un día de sesión solemne. Nosotros somos para él, según nos dice, la encarnación de la opinión universal... Nosotros somos la Historia... Nosotros somos el tribunal supremo de los pueblos...

—Por mi parte—agrega, entrando en materia—, yo no tengo de los enemigos de la patria las mismas quejas que muchos de mis colegas. La conducta de los alemanes en Montmirail, comparada con lo que hicieron en varias ciudades vecinas, fué correcta. ¿A qué atribuirlo? Algunos creen que, en parte, a mi actitud al no haber abandonado mi puesto. Pero yo creo también que hay que tener en cuenta que aquí vino un general ilustre, von Klück, según los unos, o von Bülow, según los otros... Yo no puedo decir cuál era, aunque lo vi varias veces... Lo que sí recuerdo es que era un hombre de unos sesenta años, de rostro agradable y de bigote cano... El día de la entrada de las tropas, ese general vino a la Alcaldía y me aseguró que la vida y los bienes de los habitantes serían respetados, con tal que sus tropas no fueran atacadas por los paisanos. ¿Quién quería que los atacase, si todos nuestros hombres capaces de luchar están en la guerra? Él lo comprendió así, y muy cortésmente trató de tranquilizarme, repitiéndome que no había nada que temer. Luego hablamos de las subsistencias. Necesitaba diez mil raciones de pan diarias.



Aquí, en tiempos ordinarios, poseemos hornos importantes; mas, en aquel momento, sólo dos funcionaban. «No importa; hay que hacer lo que ordeno», replicó. Y echando a andar, me hizo que le enseñara los depósitos de harina y los molinos de las inmediaciones. Cuando vimos que no faltaba trigo, le aseguré que iba a pedir a los vecinos de buena voluntad que amasaran el pan. Al día siguiente las diez mil raciones estaban listas. El general, con su Estado Mayor, alojábase en el castillo de La Rochefoucauld, a la salida del lugar. A las tropas las repartimos en las casas particulares y en los edificios públicos. Decir que no abusaron de la hospitalidad sería mentir. Casi no hay habitación en la cual no falte algo, que aquellos señores se llevaron como recuerdo. Pero accidente doloroso, en realidad, sólo tuvimos uno.

El alcalde se detiene un instante, dudando si debe o no hablarnos del accidente.

—Es cosa delicada—murmura.

Todos insistimos, y el capitán lo determina a no dejarnos con la curiosidad, asegurándole que si se trata de algo que no debe publicarse, le guardaremos el secreto.

—Se ha dicho—prosigue, al fin, el alcalde—, y yo lo he leído en *Le Temps*, que en Montmirail un alemán violó a una niña ante sus padres y luego hizo fusilar a la familia. Esto no es cierto. El día 7, a eso de las diez de la noche, unos vecinos vinieron a buscarme precipitadamente. Yo había oído unos cuantos disparos, y me disponía a salir para averiguar lo que pasaba. La gente que encontré me indicó una casa, en la cual estaban alojados dos oficiales. Cuando entré, encontréme ante un cuadro de horror. Uno de los militares, borracho, estaba en camisa de dormir, y a su lado el otro, vestido de uniforme, tenía aún en la mano un revólver. En el suelo, bañadas en su propia sangre, yacían las dos mujeres dueñas de la casa, madre e hija. ¿Qué había pasado ahí? Los alemanes, que no hablaban francés, no pudieron ex-

plicármelo; pero todos hemos reconstituido el drama de la manera más lógica, dado el carácter de las víctimas, personas muy honradas y muy serias. El borracho quiso, sin duda, abusar de la más joven, y la mayor intervino en su defensa. Al oír ruido de disputa, el segundo oficial intervino a la manera alemana, que no es ni suave ni delicada. Naturalmente, después de haberme enterado del crimen, corrí hacia el castillo para poner en autos al general, quien me ofreció que buscaría al culpable. La verdad es que los asesinos siguieron tranquilos en la casa de sus víctimas, hasta que todo el décimo cuerpo de ejército tuvo que salir en fuga precipitada, abandonando a sus heridos y llevándose los carros del pueblo llenos de objetos robados.

El alcalde, siempre frío, siempre acompasado, agrega:

—Eso es todo, señores.

Luego se inclina y se marcha, aconsejándonos que visitemos el castillo de La Rochefoucauld.

Irguiéndose en la parte más alta del promontorio montmiralense, la antigua atalaya señorial domina el campo desierto. En la vasta extensión que la vista abarca no se descubre ni una aldea, ni una granja, ni siquiera una de esas ermitas aisladas, tan frecuentes en estas regiones. Montmirail se halla como perdido en medio de un desierto, entre tierras pantanosas cubiertas de mimbres y terrenos áridos que la gente de la Champaña llama *piojosos*. El aspecto del paisaje, sin embargo, no carece ni de encanto ni de grandeza. Las llanuras ondulan en líneas armoniosas y van a perderse en el horizonte azul a distancias inmensas. Nuestro capitán, siempre obsesionado por ideas de estrategia, nos hace notar con cuánta ciencia Louvois escogió el sitio para poder dominar las rutas militares desde la alta terraza en que nos hallamos. Por mi parte, yo prefiero contemplar los muros agrietados, no por las bombas, sino por el tiempo, y las torres, que se alzan, cubiertas de musgo, pre-



gonando aún la gracia robusta de los grandes siglos de Francia. Por una escalera señorial subimos al primer piso, sin encontrar a nadie. Las salas, en las cuales cabría un rey con su corte, están abandonadas. En los interminables pasillos, tapizados de damasco rojo, no se ve ni un mueble ni una armadura. Nuestros pasos sueñan en el espacio vacío, despertando las sombras de los que en otro tiempo poblaron el alcázar de risas y de canciones. En un ángulo del primer piso, un muro presenta un agujero hecho por una granada francesa.

—Ésta fué la que hizo huir a von Bülow—nos explica nuestro guía.

Por el hueco de la bala aparece el campo en toda su melancólica extensión.

—Por allá se fueron—agrega.

Y siguiendo el ademán de su brazo, nos figuramos asistir al desfile precipitado de la horda inmensa, que, después de soñar, ebria de orgullo, en la conquista de París, tuvo que volverse hacia atrás desordenadamente, dejando en estos campos trágicos las tumbas recién abiertas de sus mejores soldados, iluminadas por los incendios de las aldeas.

## LOS RECUERDOS DE LA FERTÉ GAUCHER.—DESPUÉS DE LA INVASIÓN

20 de noviembre.



ESTA aldea, tan poco aldeana en tiempos ordinarios, con sus casitas cubiertas de pizarra y sus jardincillos de suburbio parisiense, me aparece hoy como transformada por un milagro. Se ve desde luego que en su alma egoísta de pueblo rico, feliz y presuntuoso, ha pasado algo; que algo la ha despertado de su perpetua siesta de bienestar; que algo la ha hecho sentir que existe una cosa misteriosa que no es el pequeño comercio y las pequeñas pasiones municipales. En su calle principal los vecinos no circulan ya con su solemnidad un poquito caricaturesca, y sus plazas han perdido la beata quietud que nos chocaba, en épocas de vacaciones, a los que solíamos venir, no a buscar las trazas de los invasores teutones, sino a admirar, en las márgenes del Grand Morin, los paisajes popularizados por las pinturas de Servin y de Granier. ¡Ah, el gran Morin!... Me acuerdo que cuando me encontré ante sus márgenes por primera vez, lo único que se me ocurrió fué pensar cómo sería el *pequeño*. Porque, en verdad, el río famoso que baña estas regiones, y que las enriquece, y que las hace bellas, no resulta más ancho que un arroyo. Ahora mismo, uno de nuestros compañeros,



un yanqui de largas piernas, asegura que de un salto sería capaz de atravesarlo.

Las tropas de Guillermo II no deben de haber pensado lo mismo, puesto que, al toparse con el puente destruido por los artilleros franceses, tuvieron que detenerse un largo rato, para buscar, a falta del clásico vado, otro puente.

—Fué allá, en la villa de Mme. X...—nos dicen los que nos rodean.

Todo el pueblo ha venido a agruparse a nuestro alrededor, lleno de curiosidad. Todos nos dirigen la palabra. Todos desean saber lo que hemos venido a buscar. Todos contemplan con cariño y sin r speto el uniforme claro del capitán que nos guía. A la menor pregunta que dirigimos a uno, diez o doce disputan el placer de contestarnos. La población entera mu strase impaciente de contarnos sus impresiones de la tragedia. Los niños mismos, escapándose por las puertecillas de las tiendas, acuden, risueños, a enterarse de lo que hacemos y de lo que vemos. Un anciano que se halla a mi lado me dice al oído:

—Si quiere usted saber la historia de la Margot y de su abuela, vaya usted a la * picerie* que está all , en la esquina...

Antes de ir a escuchar la aventura grotesca y dolorosa de las dos mujeres, penetramos en la propiedad por la cual pasaron, camino de París, los invasores. Una dama de cabellos canos, vestida como retrato del siglo XVII, nos recibe haciéndonos nobles reverencias. En el fondo de su jardín, un puente rústico une las dos orillas del río.

—Por ahí fué—nos dice.

Luego nos refiere sus recuerdos. El día en que los alemanes ocuparon la localidad, un general present se a su puerta y, con muy buenas maneras, le pidió permiso para que sus soldados pasaran por el puente.  Qu  iba

a hacer la buena señora, sino inclinarse ante el deseo del vencedor?

—Le abandono a usted mi casa—contest le, preparándose a marcharse.

Pero el general la suplicó que no se molestara, asegurándole que sólo se trataba de atravesar el río.

—Yo mismo—asegur le—presenciar  el desfile.

Y haciendo colocar dos sillas bajo un manzano florido, ofreció una de ellas a la propietaria.

Las tropas comenzaron a pasar, marciales y rígidas. Durante horas y horas los regimientos fueron entrando en la población.

—Vea usted qué admirables hombres—murmuraba el jefe—. Se han batido días enteros, y parece que van a una revista. No hay uno solo que se queje de cansancio.. No hay raza de soldados comparable a la nuestra... Los franceses...

Dignamente, la dama hizo observar a su interlocutor que su hijo era oficial.

— Bravos oficiales los franceses!—prosiguió el germano—.  Bravos, s , elegantes, capaces de todos los actos de arrojo!... Sólo que la guerra actual no es como ellos se la figuran... La Francia entera vive en la ilusión de que aún estamos en tiempo de Napoleón... Ahora lo que se necesita es un pueblo ordenado, disciplinado y viril... Los alemanes somos así... En Francia, el bienestar y la riqueza han destruido las virtudes nacionales. Las mujeres no quieren tener hijos, y los hombres prefieren divertirse a sacrificarse. Es un país degenerado. Cuando nosotros lo anexionemos a nuestro Imperio, le devolveremos su fuerza antigua, cruzando nuestra raza con la suya. Si los países comprendieran sus verdaderos intereses, todos los franceses celebrarían nuestra victoria como un acontecimiento salvador. Al paso que iban, habrían caído en breve en la más completa decadencia, a causa de sus divisiones de partido, de



su falta de sentimiento moral y de su odio por la religión.

—Yo soy creyente—exclamó la dama.

—Sí contestóle el militar—, las mujeres de cierta edad aún conservan la fe. Son las nuevas generaciones las que están corrompidas. Es París el que gangrena la nación. Dentro de ocho días, cuando entremos en París, nos pondremos enseguida a purificarlo, estableciendo el orden social. Nuestro Emperador tiene una misión sagrada que cumplir, salvando a este pueblo desunido y afeminado... Los odios políticos y religiosos son los que han creado la Francia débil...

Cuando las últimas tropas hubieron pasado, el general, siempre muy cortés, se puso de pie, y despidiéndose de la propietaria del puente salvador, la ofreció que desde París le mandaría un recuerdo.

A la mañana siguiente, la batalla del Marne comenzó. Durante cuatro días la Ferté Gaucher no oyó sino la voz del cañón. Los alemanes, atrincherados en las cercanías, trataban en vano de avanzar hacia el Sur, en busca de París. A todas horas los desfiles de heridos atravesaban las calles. En las granjas, los carros de municiones vaciábanse con una rapidez vertiginosa. Los oficiales pasaban a caballo en todas direcciones. La gente se quejaba del saqueo y de las crueldades de los soldados que ocupaban las casas.

—Era un horror—dice la buena señora.

—¿Y después?—le preguntamos.

—Una tarde, a esta hora, más o menos, el mismo general volvió a llamar a mi puerta. Estaba desconocido. Con maneras bruscas, sin saludarme, ordenó que se abriera la verja del jardín... Cuatro centinelas ocuparon la escalera, obligándonos a refugiarnos en el primer piso. En el otro extremo del puente se colocó una batería de cañones. Las tropas, antes marciales, comenzaron a pasar el río, abandonando la aldea con una

precipitación que no tenía nada de heroica. Los oficiales daban gritos para apresurar la marcha de sus hombres, y cuando alguno parecía incapaz de ir de prisa, lo golpeaban con sus sables. El general, de pie en el sitio en que antes habíamos estado juntos, escrutaba los campos vecinos con unos gemelos de campaña. En tres horas, todo lo que quedaba del ejército enemigo estuvo en la margen opuesta del Grand Morin. El último que se marchó fué el general, seguido de sus ayudantes y de los cuatro centinelas.

La dama sonríe, bajando la vista, y termina:

—Yo tuve ganas de preguntarle si se había acordado de traerme el recuerdo de París que me prometiera...

Al encontrarme de nuevo en la calle, junto al puente municipal que los ingenieros militares acaban de reconstruir, ya no es una, sino diez, doce personas las que nos hablan de la aventura de Margot y de su abuela. Es allá, en la esquina, donde esas honorables burguesas de la aldea habitan. Todos parecen llenos de regocijo al enseñarnos la casita, con sus ventanas cerradas.

—Pero, ¿qué cosa tan extraordinaria es esa?—preguntamos, al fin, curiosos del gran misterio de las márgenes del Grand Morin.

El viejo que antes me había aconsejado que fuera a interrogar a la dueña de la *épicerie*, se decide a ser indiscreto. Mientras él cuenta, los demás, como un coro antiguo, comentan en voz alta, agregando detalles y haciendo gestos. El buen La Fontaine, que nació en estas regiones, debe de haber oído así muchas de las historietas que puso luego en verso.

—El caso—dice nuestro narrador—es que no sé cómo explicarme.

Sería necesaria la poesía del viejo fabulista, en efecto, para conservar toda su malicia ingenua a la escena. La Margot, una rubia muy guapa, según parece, vive